

LOS DEBATES SOBRE LA PRESERVACIÓN DE LA MEMORIA

POR AGUSTÍN SCARPELLI
FOTOS: TAINÁ AZEREDO

Cómo representar los traumas colectivos

Acuerdos y tensiones que surgen al simbolizar vejaciones del pasado.

Obra del Grupo de Arte Callejero en el Parque de la Memoria. Señales de tránsito revisitadas que recorren la historia argentina reciente.



I
¿Cómo se marca la memoria? ¿Qué forma debería adoptar una política de la memoria? ¿Qué relación existe entre justicia y memoria? ¿Cómo contar el trauma, cómo narrarlo históricamente y cómo representarlo?

En su libro *En busca del futuro perdido*, Andreas Huyssen habla de una verdadera “cultura de la memoria” para referirse a esa obsesión por el pasado y su *museificación* que caracterizó, a partir de la década del 80, al convulsionado final del siglo XX pero que continuó durante el nuevo milenio. Si bien fue en Alemania y en algunos de los países satélites como Francia y Polonia —que sufrieron la onda expansiva del fascismo— donde proliferó la discusión acerca de si se debía apelar al monumentalismo, a lo conceptual, a la preservación o a la reconversión, existen algunos acuerdos y algunos recaudos que considerar en cuanto al carácter memorístico y hasta pedagógico como fin último de cada sitio de memoria.

Es decir, el genocidio que atravesó el centro de Europa disparó los debates en distintos puntos del globo que marcaron una época y direccionaron la reflexión sociológica y filosófica (bajo la idea de Carl Schmitt trabajada por Andrea Cavalletti en *Mitologías de la seguridad* que sugiere que no existen ideas políticas sin espacio al cual sean referibles, ni espacios o principios espaciales a los que no correspondan ideas políticas). Pero lo cierto es que



← Monumento a los judíos de Europa asesinados. Son 2.700 bloques que forman un laberinto en el centro de Berlín. Diseñado por el arquitecto Peter Eisenman, este memorial y centro de información expresa la racionalidad perversa del Holocausto.

cada tiempo y cada lugar merecen forjar su propia (auto)reflexión, si se quiere ser “contemporáneo”, de la manera en que lo plantea Giorgio Agamben, es decir, ser capaz de pensar con distancia crítica su propia época. En ese sentido, y solo en ese, no hay —y no puede haber— una política transnacional de la memoria enteramente válida.

II
Aun así, es dable suponer que hay una serie de vejaciones que deben entrar siempre, en cualquier tiempo y lugar, bajo el paraguas de la *memoria*. Vejaciones que afectan a la dignidad colectiva y que van más allá

de las causas que pudieran provocarlas: son las que generan víctimas absolutas.

También hay algunas preguntas que podríamos considerar de carácter universal para pensar las políticas de la memoria. Por ejemplo, preguntar si la violencia política proviene de un grupo que detenta el poder o de aquellos que soportan sus efectos; si la violencia ejercida responde a una agresión que pone en peligro la integridad de un Estado, una organización o un cuerpo social (y si la violencia con la que se responde es acorde a ese peligro); si no existen causas encubiertas —como el racismo, el sexismo y las diferencias religiosas y de clase— a la hora de atacar a un grupo social determinado.

En este sentido, Huysen advierte que “el Holocausto devenido *tropos* universal es el requisito previo para descentrarlo y utilizarlo como un poderoso prisma a través del cual podemos percibir otros genocidios. Las dimensiones globales y locales de la memoria del Holocausto han ingresado en nuevas constelaciones que claman por un análisis pormenorizado, caso por caso. Mientras la comparación con el Holocausto puede activar en términos retóricos determinados discursos sobre la memoria traumática, también puede servir como recuerdo encubridor o bien bloquear simplemente la reflexión sobre historias locales específicas”. A lo que se refiere Huysen es a que la Shoá como paradigma de la barbarie genocida puede funcionar como un modelo para comprender otros casos similares e incluso prevenirlos, pero también puede obturar las particularidades que se presentan en cada región y momento particular. Para el caso argentino, uno podría preguntarse qué significó el robo de bebés y su crianza por parte de familias cercanas al poder de turno. ¿Por qué se implementó una metodología tan cruel y simbólicamente tan poderosa como “los vuelos de la muerte”?

Huysen enumera una serie de hechos que hace pasar por síntomas del fervor por la memoria. Pero aquí preferimos distanciarnos de esos pasados que no implican traumas: la tendencia a la museificación de ciudades enteras, el esnobismo retro, etc. La memoria que aquí nos interesa explorar es la puesta en

marcha de un mecanismo que implica tensiones de diverso orden (a nivel de la historia, la ideología, la clase, lo individual-colectivo), que supone un esfuerzo para la recuperación de pasados traumáticos y vejatorios que se resisten por eso a ser verbalizados, a pasar al plano de lo simbólico, que están reprimidos. El tipo de memoria activa que aquí nos interesa deconstruir tiene como horizonte pasados traumáticos compartidos, busca en el pasado un conjuro hacia el futuro y tiene resonancias en el *Nunca más*.

III

Hablar de dictadura cívico-militar en la Argentina es una manera de marcar textualmente la memoria, en cuanto esta busca ampliar el campo de responsabilidades a distintos actores políticos que, durante los años de plomo, pero incluso más durante aquellos años previos al golpe de marzo de 1976, fueron parte sustancial del reclamo de “orden”, cuando ya los movimientos armados de la guerrilla estaban en su fase terminal. Actores de la sociedad civil que se volvieron, en una maniobra camaleónica, parte de los paladines de la democracia una vez que se logró su recuperación. De allí que podamos considerar hoy la *Carta abierta* de Rodolfo Walsh a la Junta Militar como una manera de marcar la memoria del presente (de aquel presente de marzo de 1977) de cara al futuro (que hoy nos atraviesa), incluso antes de que sea necesaria su activación hacia el pasado. Escribe con

Cada tiempo y cada lugar merecen forjar su propia (auto) reflexión, si se quiere ser “contemporáneo”, de la manera en que lo plantea Giorgio Agamben, es decir, ser capaz de pensar con distancia crítica su propia época. En ese sentido, y solo en ese, no hay –y no puede haber– una política transnacional de la memoria enteramente válida.



↑ Escultura emplazada en el Río de la Plata, donde arrojaron a víctimas del terrorismo de Estado.

“la seguridad de ser perseguido”, a sabiendas de que se trata de dar “testimonio” y denunciar los objetivos profundos del mecanismo de violencia sistemática que puso en marcha la dictadura: esos objetivos eran de índole económica. Si bien hay mucha investigación sobre los orígenes económicos del nazismo, y más allá de que la relación de los modos concretos de ejercer el terror antisemita pueda anclarse o no a

esos intereses económicos, es bastante claro que las dictaduras latinoamericanas formaron parte de un laboratorio para implantar el neoliberalismo, con la dictadura de Pinochet en Chile, como cabeza de proa de ese laboratorio. Aun así tampoco es fácil de relacionar el plan económico de la dictadura argentina con algunas de sus metodologías macabras, como inyectarles pentotal a las víctimas y tirarlas desde un

avión o robarse a los hijos de esas víctimas. En todo caso, es mucho más complejo de lo que esta nota puede abordar.

¿Es lícito que un sitio como el Parque de la Memoria albergue entre sus obras artísticas la señalética diseñada por el Grupo de Arte Callejero (GAC), obra que además fue ganadora de un concurso público internacional en 1999? Las especialistas Laura Malosetti Costa y Ana Longoni dejaron en claro, en sus respuestas a una serie de notas publicadas por Marcelo Birmajer en el diario *Clarín* donde cuestionaba esa posibilidad, que no solo era lícito sino pertinente desde varios puntos de vista. Como propone Longoni, “la secuencia de carteles insistía en ubicar las trágicas secuelas del terrorismo de Estado en una historia más vasta y compleja, de alcances regionales (aludiendo al Plan Cóndor y a la injerencia de la CIA en las dictaduras militares sudamericanas del período), deteniéndose en las dimensiones de complicidad de civiles, de la cúpula de la Iglesia católica y de los medios masivos, en los inicios de la transformación neoliberal de la economía (en particular, el abrumador incremento de la deuda externa), la complicidad de corporaciones y empresas (como Ford, Mercedes Benz, el Ingenio Ledesma), los delitos económicos (robos y apropiaciones del ‘botín de guerra’ por parte de los represores), el desmantelamiento de la industria nacional, etc. Los carteles del GAC ubican los mecanismos de dispersión del terror *concentracionario* en una historia más larga que viene de antes del golpe de Estado de 1976”.

Esas respuestas (el debate completo está disponible en www.ramona.org.ar) no solo avalan la tarea del activismo artístico político del GAC sino que refuerzan ciertos recaudos que habría que seguir teniendo en cuenta en democracia.

IV

Cuando la justicia deja de cumplir su función, como sucedió con las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, comienzan a actuar los resortes de la memoria, es decir, se vuelven clave los relatos de las víctimas sobre lo que sucedió durante los años de plomo. Los juicios por la verdad que se realizaron en la Argentina, si bien pueden reclamar algún antecedente, fueron pioneros en la manera de forzar a la justicia a retomar aquello que había quedado inconcluso tras las leyes de impunidad. Esos juicios no tuvieron efectos penales inmediatos pero provocaron una transformación en el sistema judicial, que se vio obligado a retomar las causas (imprescriptibles) por delitos de lesa humanidad. Estas luchas forman parte del *legado de la memoria* en la medida en que fueron un modo alternativo de transformar la ley sin colocarse fuera de la ley, como sí pasa en las situaciones de estados de excepción, durante períodos tanto revolucionarios como dictatoriales.

V

¿Cómo pasar del testimonio a la prueba, del relato autobiográfico a la denuncia del horror colectivo? ¿Cuál

Leonor Arfuch advierte que los horizontes de la memoria no son ni han sido pacíficos, por eso habla de “tensión memorial”, para enmarcar no solo disputas ideológicas como la que se expresa en la teoría de los dos demonios sino aquellos debates que se han dado después de más de 30 años de aquella guerrilla armada entre dirigentes e intelectuales que la apoyaron.

es la temporalidad de esa memoria? En su reciente libro *La vida narrada*, Leonor Arfuch advierte que los horizontes de la memoria no son ni han sido pacíficos, por eso habla de “tensión memorial”, para enmarcar no solo disputas ideológicas como la que se expresa en la teoría de los dos demonios sino aquellos debates que se han dado después de más de 30 años de aquella guerrilla armada entre dirigentes e intelectuales que la apoyaron. El debate paradigmático es el que disparó la carta del filósofo (“heideggeriano”, según Arfuch) Oscar del Barco enviada a fines del 2004 a la revista cordobesa *La Intemperie* a propósito del testimonio de Héctor Jouvé sobre el fusilamiento de dos militantes que se habían quebrado en la selva de Orán, ocurrido en 1964, cuando intentaban generar un foco guerrillero. Muchos recogieron el guante pero pocos apoyaron la postura de Del Barco, que pugnaba por el carácter sagrado de toda vida, cualquiera que fuera su signo o razón. En el fondo, es llevar al paroxismo una premisa dilemática según la cual no es *esa* víctima sino *toda* víctima siempre absoluta. ¿Lo es?

FALSIFICACIÓN DE MARCAS

Hablar, o hacer hablar a las víctimas y a los testigos, no siempre es recuperar la memoria, generar algún tipo de conciencia sobre el hecho traumático para intentar elaborarlo. Como sucede en las obras fílmicas y escénicas de Lola Arias respecto de Malvinas, que pone en pie

de igualdad, como si la guerra lograra licuar cualquier matiz o diferencia, a un gurca nepalés que lucha en las filas del ejército británico a cambio de un sueldo ventajoso, a un soldado profesional de ese mismo ejército entrenado para eliminar todo aquello que se oponga a los objetivos político-militares de su país, a un colimba argentino que de un momento a otro se ve trasladado a un territorio completamente hostil y desconocido, con poca o nula información sobre el objetivo de la misión, sin recursos psíquicos ni materiales para soportar

las temperaturas extremas ante el avance de un ejército históricamente imbatible. Como dijo con cierta ingenuidad uno de los periodistas en el preestreno de la película *Teatro de guerra*: “parece un Gran Hermano de la guerra”. Este desdibujamiento de los límites entre aquellas historias susceptibles de ser narradas como parte del flujo más o menos caótico del discurrir de lo social y aquellas otras historias que marcan una interrupción violenta, quiebres que generan traumas y requieren, por ello, un acercamiento tan cuidadoso que por

momentos parece imposible (como decía Adorno en su *Teoría estética* en referencia al Holocausto), es moneda corriente en los medios de comunicación. Aun así, son muchos los analistas que, como Huyssen, consideran que los modos en que los nuevos medios de comunicación se ocupan de los pasados traumáticos, casi indefectiblemente mercantilizados, ya no pueden quedar fuera de la discusión.

¿Pero qué otros fenómenos políticos y culturales van contra la evolución de una idea de la memoria como recurso contra las vejaciones humanas? Habría que poner el foco en la proliferación todavía incierta de registros de todo tipo –donde el audiovisual es la vedet– que se suben a las redes sociales. Y dentro de esa proliferación, la incapacidad social imperante de olvidar o dejar pasar aquellos detalles (platos de comida incluidos) hace que no podamos ya recordar nada en la forma de memoria.

Aunque en algún sentido deberíamos hablar de “las memorias”, sobre todo cuando es evidente que estas muchas veces están atravesadas por ideologías e imaginarios distintos y antagónicos. Existe una disputa entre distintos grupos sociales sobre cuáles son esos pasados traumáticos: el populismo o el terrorismo de Estado, para tomar un caso local. No hay, en este sentido, una memoria compartida. Y aquí entra a tallar también algo que podríamos denominar “memorias del futuro”: la posibilidad de vislumbrar e imaginar territorios traumáticos. En eso estamos. ▲

↓ *Carta Abierta a la Junta Militar de Rodolfo Walsh*, obra de León Ferrari en la Ex Esma.

